

## Amorfos o invisibles

Mi historiador favorito, Luis González, intuyó que las guerras, la hambruna, los florecimientos culturales y económicos, situaciones de cada época, marcan a las personas, definen su forma de ser. Recreándose, el maestro González, analizó la historia nacional en capas generacionales, que se dan en periodos de 15 años.

Suponiendo que el 2 de octubre de 1968 constituyó un hito que dejó su huella, reflexionemos sobre la camada que llegó a la mayoría de edad en torno a esta fecha, los nacidos entre 1950 y 1965, de la cual formo parte.

Fuimos, cual Rómulo y Remo, amamantados por el cachorro de la revolución, durante el alemanismo, que prometía prosperidad.

Párvulos, aprendimos las primeras letras en la austeridad del viejo Ruíz Cortines. Nuestros papás, pícaramente decían que Don Adolfo se metía la mano a la bolsa del pantalón, sin percatarse que estaba agujereada; tocándose su humanidad, perplejo, se preguntaba, << ¿Pasas? ¿Pasitas? ¿De dónde?>>

Nuestra educación básica y la secundaria transcurrieron en las nubes con el carismático López Mateos. Se dice que Don Adolfo, tocayo de su antecesor, aún bajo los efectos de la resaca, por la mañana le preguntaba a sus asesores, << ¿Hoy que toca, viaje o vieja?>>

En la edad de la choca, chocamos con Díaz Ordaz, aquel autoritario hoción, que en lugar de salir al balcón a dialogar, envió fusiles y tanquetas a hablar por él.

La minoría, afortunada, que continuamos con nuestra educación superior, se dejó agasajar en el demagógico apapacho de Luis Echeverría. Don Luis se la pasó luchando contra fuerzas oscuras del pasado y los enemigos ocultos de afuera, sobándose la pelona de la pedrada que le dieron unos hijos de fascistas.

Los que felizmente, no tuvimos que salir de mojados a la Unión Americana, ni engrosamos las filas del desempleo, comenzamos a desempeñarnos profesionalmente durante la gestión del inolvidable López Portillo. Cuando <<Jolopo>> se bajaba del caballo, entre charreadas, cuando no estaba en la soledad de su despacho, decidiendo asuntos sin relevancia... como nacionalizar la banca; porque si lo decidió sólo, como él dijo, no debió ser muy importante; cuando no estaba resolviendo intrascendentes asuntos de Estado, estaba en lo suyo, en lo que sí importaba: enamorando a Rosa Luz o decidiendo quedarse con la Sacha, felizmente o, al menos, así lo parecía.

Tal es, en síntesis, el currículum oculto de mi generación.

Entre las Olimpiadas del 68 y el primer alunizaje, aparecieron en nuestras salas televisores. Gozamos de la Beatlemania. Cantamos las baladas de Roberto Carlos y de José José. Bailamos de cartoncito de cerveza, <Samba pa ti> y <Europa> de Santana, sin rebasar los límites de un mosaico. Leímos <Memín Pinguin>, <Los supersabios> y <Rarotonga>. Mascamos Chiclets, fumamos Raleigh, bebimos ron Bacardí y brandy Presidente. Admiramos a Hugo Sánchez y el que no le iba a los Pumas, le iba a la América, porque sólo los mariachis y los puñales le iban a las Chivas. A pesar de tomar Chocomilk... no nos hicimos fuertes, leales ni valientes. Nos hicimos adultos sedentarios con <Siempre en domingo> y aún, aún hay más.

La inseguridad marcó nuestro caminar, la matanza del 68, la guerra sucia de los años 70, los halcones del 71, las crisis financieras del 76, del 82 y del 94; desplomes petroleros y terremotos. Con ellos, vino el derrumbe en nuestro nivel de vida, el fin de la ensoñación, llegó el subempleo, la simulación y el desencanto.

Quizás por todo esto, fue una generación marcada por los contrastes. Hubo quien tomara las armas, ahora entre los desaparecidos o los que, después, engrosaron a la izquierda de los partidos políticos. Hubo sumisos, que como los Chiclets: amorfos después de mascarse, extraído el vigor; se sometieron totalmente al sistema: <<Sí señor>>, <<...como usted mande señor...>>, y sino no manda bien, <<... ¡Por favor!, ¡Vuelva a mandar!>>

Irónicamente, a diferencia del 88 en que cayó el sistema, para mantener el sistema, en el 2000, ¡CAYÓ EL SISTEMA! ¿Ahora, los sumisos, ante quien tendrían que agacharse? Y la mayoría, la inmensa mayoría de siempre: silenciosa, temerosa, a veces indiferente, que no colabora, ni se opone... a estas alturas del partido, a lo que más le temía era, precisamente, al cambio...

Cuando llegó Chente, gobernó entre “tepocatas, alimañas y víboras prietas”, pero en amor y paz con Martita.

¡Aguas con Felipillo! En mi rancho dicen que no hay chaparro, que no sea roñoso, a jodazo limpio se la pasó.

Yo creo que por todo esto, en la pasada lotería sexenal, hicimos... y se hacen... todos los cambios necesarios, para que nada cambie.

Rodolfo L. Bracho Riquelme